
La cultura del Omphalos: una reflexión sobre poesía y poéticas

Ángel L. Prieto de Paula
(Universidad de Alicante)

La “poética” es un género literario (o, si se quiere, un subgénero) que arranca de la impudicia y que, en buena parte de los casos, está atacado por la inutilidad. El objeto de su interés es la poesía propia: el creador, teorizando desde fuera sobre lo que conoce desde dentro, trata de señalar, se supone que *a posteriori*, los nervios que atraviesan su obra. Y digo que *a posteriori* porque hablo de la poética descriptiva y no de la prescriptiva o perceptiva que, a mi juicio, es más un manifiesto que una poética.

La poesía, objeto de la poética, es un ejercicio personal destinado, en la mayor parte de los casos, a no trascender el ámbito de la intimidad; y ello aunque nos refiramos a la poesía editada. Alguien definió a los autores clásicos como aquéllos que se leen en clase. Y creo poco discutible que, con magras excepciones, son éstos los únicos poetas leídos. Así funcionan las cosas, aunque resulte difícil explicar cómo se conjuga el raquitismo del público lector de poesía con la desaforada máquina editorial de hacer libros que ni se venden ni se leen. No hace mucho la redacción de una simpática y excelente revista de instituto, *Cuadernos del Matemático*, solicitaba a diversos poetas la cesión de un inédito para su publicación en la misma. José Ángel Valente, uno de los requeridos, confesó no disponer de ningún inédito, pero dio permiso para que reprodujeran cualquiera de sus poemas previamente publicados. Dado lo que se lee en nuestro país, en España –vino a decir– los poemas publicados son también inéditos. Y nadie se engañe con la popularidad que gozan algunos poetas contemporáneos: es por su aptitud para brillar en tertulias televisivas, o por su habili-



dad para los escarceos intelectuales, o por su capacidad para colarse en los más encumbrados cenáculos culturales (“cenáculo” en un sentido estrechamente etimológico: lugar donde se cena con motivo del fallo de un premio, la preparación de una antología o la materialización de un homenaje).

Bajo la costumbre de redactar poéticas late quizás la sospecha de que la poesía que hoy se hace precisa, para poder ser aprehendida intelectualmente, de una guía que señale el norte al lector desnortado –o al oriente al desorientado–. La poética cumpliría así, desde dentro, la misión de explicar la calígene del poema, de modo análogo a como, desde fuera, podría hacerlo la crítica. Nótese que si el crítico de una novela es un “valorador”, el de poesía es un “desvelador”: quien explica o aclara, y sólo tras ello valora, la obra artística.

Pero el poeta impelido por el antólogo, o por cualesquiera circunstancias, a escribir una poética, no renuncia tan fácilmente a su estilo y a su bagaje poético habituales, y con frecuencia termina por hacer una poética que, aunque presuntamente debería aportar las claves que abren el sagrario de la poesía, es ella misma otro sagrario cerrado también con llave. ¿Es que acaso son siempre más accesibles las poéticas que los poemas? Muchos autores no disimulan: escriben sus poéticas como si de un poema más se tratase. Pierden así aquéllas su carácter vicario y funcional, y absorben para su propia diafanía la luz que debieran proyectar sobre el objeto al que presuntamente iban a aplicarse: la poética-poema puede ser, como el diamante, transparente e impenetrable a un tiempo.

La poesía aparece como un ejercicio personal, es proclive a la autorreferencia, germina en la soledad y no pocas veces se cierra en un solipsismo centrípeto, como un remolino que se abisma en su interior: centro, ombligo, *omphalos*. Indagando en ese centro, la poética sería, narcisistamente, un ombligo que se mirara el ombligo. En ella el poeta expresa cómo se plantea la creación en que el poeta expresa cuanto le ocurre al poeta. Y no pido perdón por las redundancias: en este caso son pertinentes.

En su tarea de mostrar los resortes creativos del poema, la poética resulta algo adventicio, cuando no inútil. Es adventicio en cuanto que el resultado artístico no depende totalmente del camino por el que se ha llegado hasta él: en el gran poema hay siempre un algo “gracioso” –pero de ninguna manera “gratuito”–, que sería excesivo tratar de explicar positivamente como el término de un procedimiento conocido. Y no son pocas las ocasiones en que la poética va por un lado y el poema por otro; o sea: el poeta, incapaz de materializar poéticamente sus vislumbres en lo que es su obra artística, quiere, sin embargo, señalar la dirección creativa de éstos. Sólo entonces la poética, precisamente por desajustada al poema, precisamente por mentirosa, no es enteramente inútil: atestigua, acaso contra la voluntad del creador, los límites y las incapacidades de éste. Atestigua, en suma, la “cortedad del decir” y la insuficiencia del lenguaje, que han obsesionado a tantos poetas desde hace tantos siglos.

La gran filosofía del xvii y del xviii se hizo en muy buena medida al margen, y



a veces en contra, de la Universidad. A la literatura, *mutatis mutandis*, le ocurrió otro tanto. En nuestro tiempo, en cambio, sucede al revés: los filósofos son, profesionalmente hablando, profesores de filosofía, y los profesores de filosofía aspiran a trascender su casilla profesional para convertirse en filósofos. Lo mismo ocurre con los literatos. Quienes escribimos somos también quienes profesionalmente nos dedicamos a hablar de quienes escribimos, y, en el caso de la poesía, somos casi el único público lector con que contamos. Al irse quedando la poesía sin público —me refiero a un público “exento”, de lectores que no sean escritores ni críticos—, los poetas se ven fatalmente impelidos a buscarse el aprecio de la única clientela con que pueden contar: la de los cooficiantes, la de los otros poetas (entre quienes, por lo demás, surgen casi todos los críticos de poesía). En este círculo —cerco— endogámico nos movemos, lo queramos o no.

Alguien podría pensar que éstas son sólo consideraciones banales de sociología literaria, que no afectan ni poco ni mucho a la esencia de la poesía. Pero sí afectan: la poesía que se dirige a otros poetas termina por ser una poesía enferma, ya que el poeta es un lector viciado, que conoce los trucos del taller, busca en el poema ecos de otros poemas, tamborilea con los dedos sobre la mesa a la caza de un gazapo métrico. Ello así, el camino hacia el hermetismo, el amaneramiento, el regodeo en sutilezas, el “bizantismo” estético, en suma, está garantizado.

Particularmente me he sentido siempre, en este ámbito que tan sucintamente acabo de recrear, como gallo en corral ajeno, debido —entre otras razones menos importantes— a que no me considero poeta sino en enésimo lugar, y que el propio término “poeta” suele parecerme, aplicado a mí al menos, un exceso; y no porque contemple lo poético como algo circunstancial o accesorio; al revés: porque en su carácter medular, su propia esencialidad, trasciende lo que podemos entender algo así como una “dedicación” profesional. (Por lo demás, y atendiendo específicamente a estas Jornadas, me parece demasiado generosa mi ubicación en un acto donde se habla de “nueva poesía”: me faltan títulos para ello, o, más exactamente, me sobran años).

Pero volvamos al redil. En mis poemas he tratado de adoptar una postura que no tenga en cuenta esa realidad endogámica a que me refería antes. Más radicalmente: acaso porque no espero nada de la poesía —diré mejor del mundo de la poesía—, no miro de reojo a otros poetas cuando escribo, no busco complicidades, no persigo la originalidad ni tampoco la inserción en la estética dominante. Sé oscuramente que, al escribir, verbalizo experiencias tan mías propias como, acaso, de otras personas en quienes me gustaría, platónicamente, “reconocerme”. Si la experiencia es, muchas veces, brumosa o casi incógnita, en cuanto poeta me veo en la tarea de hacérmela reconocible, como quien sólo aprehende netamente un concepto cuando tiene que explicarlo. En este ejercicio quizás se salve lo volátil y efímero de nuestras experiencias, que se transfunden al poema, en una realidad desvinculada, donde me hago la ilusión de que permanecerán hibernadas algunas señales de mi vida.

Ángel L. Prieto de Paula

Diré, por fin, que busco un equilibrio entre un arte cerrado, acabado, y ese otro tipo de arte que se asfixia en la pobreza de la exactitud y que busca la indefinición, porque sabe que el mundo no acaba donde acaba nuestro mundo. De otro modo: intento combinar la precisión con la sugerencia, la afirmación con la incitación. Lo sé: tan imposible como esculpir un sueño.

